

ralmente calificaba. Pocas veces ha presentado la civilización en sus anales, un tipo más completo de abominable tiranía que el creado por Calvino; la sexta parte de los ciudadanos de Ginebra fué perseguida y la trigésima séptima condenada al destierro ó al cadalso. La ciudad parecía un convento; mientras Calvino á fuerza de vinos generosos conservaba su salud minada por la anemia, nadie encontraba salud fuera de las doctrinas de Calvino; el culto, desvestido de toda la espléndida exterioridad del catolicismo, era puntualmente seguido por todos día á día y ¡ay! del tibio ó el descidioso; un ginebrino tenía que ser santo ó perder la patria ó la vida. Este sombrío é implacable fanatismo es el de los *gueux* de Guillermo de Orange, en Holanda; el de los presbiterianos de Knox, en Escocia; el de los puritanos de Cromwell.

La víctima más conspicua del régimen de Calvino en Ginebra fué el eminente pensador español, Miguel Servet; teólogo reformista, dice Menéndez Pelayo, predecesor de la moderna escuela racionalista, filósofo panteísta, médico, *descubridor de la circulación de la sangre*, geógrafo, editor de Tolomeo, astrólogo perseguido por la Universidad de Paris, hebraizante y helenista, estudiante vagabundo, controversista incansable, á la vez que soñador místico, la historia de su vida y opiniones excede á la más complicada novela.¹ Después de haber sembrado semillas de originalísimas ideas en todos los ramos del saber, Servet se consagró á la redacción de una especie de enciclopedia ó cosmos teológico-filosófico que llamó *Restitución del cristianismo* (véase en los Heterodoxos de M. P. el análisis de esta obra); en ella exponía sus ideas anti-trinitaristas, atacaba á los luteranos por su negación del libre albedrío y publicaba su correspondencia con Calvino, atacándolo con fuerza y rudeza increíble. Lo que es más espantoso para la memoria de Calvino que el suplicio de Servet, es el hecho innegable de que denunció á su enemigo á los tribunales eclesiásticos de Lyon, en donde Servet había publicado su obra; perseguido y errante el gran herege español, acertó á entrar en Ginebra, sin saberlo; Calvino; con feroz premura, lo acusó y lo hizo juzgar y sentenciar á la hoguera: no es Calvino el culpable, exclama un pastor protestante, es toda la Reforma. Si es culpable Calvino, sí es culpable quien siembra el dolor y la muerte en nombre de la piedad cristiana. Así era el tiempo, es cierto, mas esto no es circunstancia exculpante, sino explicante; así era el tiempo; ¿en qué rincón del catolicismo ó del protestantismo encontraba un eco entonces la divina súplica de Jesús: perdónalos, padre mío, no saben lo que hacen?—El calvinismo fué la forma de la heregía en Inglaterra, en Francia, en Holanda; en todas

¹ En un estudio publicado en la *Libertad*, véase el resumen de los últimos trabajos sobre Servet por J. Sierra.

partes armó con su espíritu de combate á los grupos de disidentes; ya no se trataba de esperar, como quería Lutero, sino de obtener el triunfo de la causa por medio de la organización rígida de los grupos reformados y por la lucha armada. La Reforma, tal como Calvino la concebía, es directamente enemiga del Renacimiento; nacida de él, acaba por renegararlo y maldecirlo.

4. En torno de Felipe II se ha formado una leyenda, que no ha costado poco trabajo desvanecer á la historia. El *demonio del mediodía*, como en los Países Bajos le llamaron, fué, según esa leyenda, la encarnación siniestra del crimen, de la maldad, del fanatismo, de la lascivia, y su figura negra, destacándose en el resplandor rojo de las hogueras de la inquisición, proyecta su nombre sobre el trágico siglo XVI. Felipe II no era tan grande; fué de mucha menor estatura moral que su padre, pero fué su continuador; todo cuanto hizo, Carlos V lo había iniciado; todo, enormes compromisos, enmarañadas dificultades, responsabilidades tremendas, fueron la herencia del emperador; sólo que donde éste ponía su espíritu aventurero, sus arranques apasionados y sus instintos políticos de gran vuelo, Felipe puso su aplicación reservada y seca, su retraimiento melancólico y torvo como el de Tiberio y un fanatismo intransigente por su misión imperial y católica; en aquel solía haber genio y corazón; éste no tuvo genio y parecía no tener corazón. Era, sin embargo, un hombre de su tiempo, mezcla de bien y de mal; pero, obligado á una lucha implacable, sus instintos buenos apenas se manifestaron por el apego inmenso á su patria, por cierta devoción íntima á la justicia y por el cariño á sus hijas.—Tres grandes problemas le dejó por resolver su padre: arrancar al Islam de las costas del Mediterráneo y rechazarlo al Asia; impedir la entrada del protestantismo en el mundo latino y extirparlo en el germánico; subalternar á la acción de la casa de Austria, á la única nación organizada en el continente que podía hacerle sombra, Francia. Estos tres problemas difíciles, unimismados en el fondo, se basaban sobre esta teoría: la casa de Austria, premiada por la Providencia con la dominación en dos mundos, tiene el principal papel religioso y político en la humanidad, debe unificarla en una fe y una obediencia, bajo su cetro heredado de Carlo Magno y Constantino. Y como elemento para resolver el triple problema, la fuerza, es decir, España; unificada esta nación, que era el soldado de Dios, iba á ser en manos de los Austrias una espada de victoria: tenía la riqueza, las minas americanas; tenía el indómito valor de sus guerreros, los primeros del

mundo; tenía la fe.—Los procedimientos empleados por Felipe II fueron inhumanos, despiadados, dignos de todos los anatemas de la moral y de la historia; fueron idénticos á los empleados por los católicos y los protestantes en el siglo XVI; los calvinistas en Suiza é Inglaterra no hicieron otra cosa; todo ello podía concretarse á estas dos palabras: intolerancia y muerte; sino que el campo en que aplicó Felipe su política fué tan vasto, que resultó uno de los más terribles distribuidores de dolor que haya habido en los siglos.—Su expiación debe de haber consistido en la duda respecto de su misión político-religiosa, cuando cercano ya á su fin, vió á su dinastía representada por un imbécil y á su patria por una ruina. ¿Qué se había hecho la bendición del cielo? ¿Cómo no vió más allá en lo porvenir para que su castigo hubiese sido completo!

Felipe II nació en 1527 y cuando tenía diez y seis años era un grave y pálido alemán de figura, con el bello semi-bestial de los Hasburgos bastante pronunciado; melancólico y amigo del retraimiento hasta la monomanía, como todos los descendientes de locos, y sumamente sensual y profundamente religioso á la vez, como buen español, porque la psicología de Felipe es enteramente española, así como germánica su fisonomía. Sus educadores oficiales fueron un instruido, mediano y complaciente sacerdote, Martínez Siliceo, que le quiso enseñar el latín, sin conseguir gran cosa, y que le enseñó á devoto solamente, y D. Luis de Zúñiga, que hizo, del entonces apuesto príncipe, un cumplido caballero (v. sobre la educación de Felipe la obra panegírica del canónigo Montaña y el estudio definitivo de Maurembrecher). Decimos sus educadores oficiales, porque su verdadero maestro en la política y en el *saber vivir* fué su padre, que tanto en la amplísima correspondencia que con él sostuvo, en la que hay cartas admirables, como en frecuentes conferencias, cuando lo tuvo á su lado, lo puso al cabo de todos los secretos de la diplomacia europea, y le inició en los medios múltiples que á la realización de sus vastos designios encaminaban; en este punto Felipe se mostró excelente y precoz discípulo. Lo casó muy pronto su padre, que conocía el temperamento de su hijo; mas la pobre niña real portuguesa, de quien nació D. Carlos, murió bien pronto; quedó Felipe en disponibilidad para un enlace político. (Alguna vez se pensó en casarlo con la heredera de Navarra, Juana de Albret, la noble y austera calvinista que fué madre de Enrique IV, y que á haberse unido con Felipe habría cambiado no pocas de las líneas

directrices de la historia de entonces.)—Su padre dejó á Felipe la regencia del reino en 1543, con un consejo de personas de gran experiencia; en 1548, Felipe, que en consonancia con los secretos deseos de Carlos, iba á pretender la corona imperial, hizo un pomposo viaje á Alemania y los Estados Bajos; el deseo no se logró; el hermano del emperador, Fernando, ya proclamado rey de romanos, no quiso renunciar al imperio y la profunda antipatía que entre el joven príncipe y los alemanes y flamencos se notaba, decidieron al emperador á abandonar este designio; se fijó entonces en la reina de Inglaterra, para aumentar su poder y para aislar á Francia.

A Enrique VIII había sucedido en el trono de Inglaterra, su único hijo varón, Eduardo VI, hijo de la Seymour. La obra de Enrique se había, en suma, limitado á un cisma; él había hecho lo que el emperador y el rey de Inglaterra y hasta el de España, hasta el mismo Felipe II, se sintieron inclinados á hacer, en su celo por la supremacía laica en las cosas temporales: una iglesia nacional que les estuviese subordinada. Pero á este primer paso siguieron otros, ya lo dijimos; el joven Eduardo, mejor dicho, su tutor, el duque de Somerset, buscó un modo, para no dejar aislada á Inglaterra, de ponerse en contacto más íntimo con el movimiento reformista del continente y comenzó á *calvinizar* al pueblo inglés, que era presa de un intenso malestar social, gracias á que el cultivo de los campos, fuente de toda riqueza en la isla, había cambiado de régimen pasando del sistema fraccionario, pero comunal, de los predios, al sistema individual, pero de grandes propiedades; además, la mayoría del pueblo era católica. Así, que á pesar de las intrigas de Somerset, que había casado á un hijo suyo con una presunta heredera del trono, la malaventurada Juana Gray, cuando Eduardo murió no pudo impedir que fuese reconocida la hija de Enrique VIII y Catarina de Aragón, la célebre María Tudor, prima hermana del emperador Carlos V, que desde luego se puso en contacto con ella y comenzó á preparar la vuelta del gobierno y del pueblo inglés al seno del catolicismo. El paso decisivo en este asunto fué el matrimonio de la fea y ajada y casi vieja reina con su sobrino Felipe, quien fué declarado con este motivo rey de las dos Sicilias y que se dió bastante maña para hacer creer á María que la amaba y para no hacerse detestar de los señores ingleses. Logróse así que el Parlamento declarase que Inglaterra volvía á ser católica y que el Papa la bendijese, y como no se había exigido la devolución de los bienes ecle-

siásticos, que habían pasado á manos de particulares, todo se facilitó. Mas hubo entonces un principio de cambio en la opinión; las persecuciones contra los protestantes fueron terribles y la voz de los mártires comenzó á remover el corazón del pueblo que llamó á la reina con el nombre, recogido por la historia, de *María la Sangrienta*. Dado el Despotismo de los Tudors y su absoluto dominio sobre la Iglesia, la cuestión era ésta: si María tenía un hijo, Inglaterra seguiría siendo católica; si no, la corona pasaría á su hermana Isabel, hija de Ana Bolena, y protestante; entonces volvería el cisma. Dios así lo quiso y María murió, sin haber sido madre y sin haber sido amada, en 1558.

Ya sabemos cómo Carlos V, en la fuerza de la edad, pero envejecido de alma y cuerpo, había dejado por una doble solemne abdicación, que fué uno de los acontecimientos que mayor impresión causaron en la época, las coronas italiana, flamenca y española á su hijo muy amado; ya sabemos qué enormes cargas le dejaba con ellas. La guerra de Francia, que tantas desazones había causado al emperador, era el asunto inmediato; Felipe obligó á su mujer á aliarse con él contra Francia; en S. Quintín, primero, en Gravelines, después, se cubrieron de gloria los ejércitos del joven rey; pero, gracias á la hábil estrategia del duque de Guisa, Calais cayó en poder de los franceses y cuando en 1559, el rey de Francia Enrique II y Felipe firmaron la paz de Cateau-Cambresis, para dedicarse á contener los avances de la herejía en sus sendos reinos, los franceses cedieron todo cuanto en Italia y el Este habían conquistado, menos Calais; lo que hirió profundamente el orgullo inglés, y los tres obispados (Metz, Toul y Verdun). Después de esta paz, Felipe, muertos ya su padre y su esposa, retornó á España para no volver á abandonarla en cerca de medio siglo.

“Felipe de Austria, engendro de la iniquidad, hijo del llamado emperador Carlos, el cual, haciéndose pasar por rey de España, sigue las huellas de su padre, compite con él en infamia y aun procura aventajarle.” ¿Qué iracunda voz era ésta que así se alzaba contra el jefe laico del catolicismo? ¿La de algún sectario de Lutero, sin duda? No; era la voz del Papa Paulo IV, el austero fundador de los teatinos, el organizador de la inquisición romana y de la congregación del *Index*; de Paulo IV, que aliado de los franceses contra los españoles, excomulgaba á Carlos V y á su hijo, que atacaban los Estados Pontificios y á quien el paladín católico, duque de Alba, llamaba padrastro de la Iglesia y, no pastor, sino lobo del rebaño cristiano.

Para quienes consideran á Felipe II como identificado perennemente con los pontífices, es una sorpresa, pero en su tiempo no lo fué para nadie, la guerra más ó menos ostensible, pero casi constante que el rey español sostuvo contra los papas y en que, precisa confesarlo, casi siempre el buen derecho estuvo del lado de Roma, si desde el punto de vista católico consideramos la cuestión (v. en esta materia el estudio del profesor belga Philippson). Enhorabuena que, cuando de disidencias políticas se tratara, el rey considerase al Papa como un príncipe italiano, y esto sucedió con Paulo IV; mas no era esta la base de la eterna controversia, sino esta otra: en materias de disciplina y jurisdicción, los reyes de España, y Felipe más que ninguno, por los eminentes servicios que prestaba á la religión, se tenían por los jefes indiscutibles de la Iglesia regnícola, y en esto eran tan celosos ó intransigentes ó más, que los emperadores franconios ó suabios de la Edad Media. La doctrina *regalista* consistía en estos tres puntos cardinales: toca al rey la colación de los beneficios eclesiásticos (facultad de conferirlos), la revisión de todos los fallos eclesiásticos (recursos de fuerza), la admisión ó no admisión en sus dominios y por consiguiente el acatamiento ó no acatamiento de las disposiciones pontificias ó conciliares (retención de bulas). Todos los papas del tiempo de Felipe, exceptuando los que reinaron muy poco, trataron, por la suavidad ó la dureza, de recoger la jefatura del clero en los dominios españoles: jamás lo lograron; el rey de España era el Papa de su clerecía y, á no ser por las condiciones políticas especiales que á la casa de Austria había impuesto el protestantismo, Felipe quizás no se habría detenido, para defender sus derechos, ante el cisma, como alguno de sus embajadores se lo aconsejaba, y habría habido una iglesia nacional en España, como la hubo en Inglaterra; tan sumiso así era el sacerdocio español á su soberano temporal. Pero si no llegó al cisma, si influyó directamente en la elección de los pontífices, no sólo haciendo uso de la facultad de excluir individuos del cónclave, que se habían atribuido á sí propios varios monarcas, sino de designar los cardenales de entre los cuales el Papa debía ser escogido ¡y lo logró! ¹ ¡Y eso que según la teoría eclesiástica el Espíritu Santo era el inspirador de los electores! Mas en lo que más de resalto se puso esta especie de cesaropapismo de Felipe, fué en la conducta que siguió respecto de la promulgación de los cánones del Concilio de Trento (alguna de cuyas decisiones había calificado el embajador conciliario español de obra del demonio) que sólo se admitieron en cuanto no innovasen respecto de los derechos y privilegios del rey y sus vasallos, como patronatos, colación de beneficios, etc. El nuncio Acquaviva caracterizó perfectamente esta situación en un comunicado en que decía al rey: “No puede negarse que el riguroso exámen de las bulas apostólicas, como se hace diariamente en los consejos y cancellerías reales; las dificultades de todo linaje que se ponen á las provisiones y ejecuciones emanadas de la Corte de Roma; la ingerencia, por diversas vías, del poder temporal en los asuntos eclesiásticos, so pretexto de hacer justicia; los manda-

¹ Esto sucedió en la elección de Gregorio XIV (1590).

tos á los prelados y clero para que lancen excomuniones, según los deseos del Consejo y cancellerías; el constante comparecer del clero secular y regular ante los jueces y tribunales reales y, en suma, tantas y tan frecuentes usurpaciones de la jurisdicción eclesiástica como en estos reinos se cometen, no significan otra cosa, sino que bajo ciertas buenas formas y con una cierta habilidad, el rey y sus ministros van poco á poco conquistando el poder de la Iglesia y por consiguiente alterando el orden establecido por Dios." En los países hispano-americanos, el clero, tratándose de sus fueros é inmunidades, ha exigido de los gobiernos mucho más de lo que se hubiera atrevido á pedir á Felipe II.

Pero para mantener esta dominación absoluta sobre el clero, el rey perfeccionó un instrumento maravilloso de despotismo: la Santa Inquisición. Los reyes católicos, como se recordará, la habían establecido para el objeto que los pontífices la habían creado, para extirpar la heregía; y en esta función siguió, en los dominios españoles de ambos mundos, distribuyendo la mayor cantidad de sufrimiento físico y moral que jamás plaga de la naturaleza ó invención humana haya engendrado. Y en esta función siempre tuvo la bendición y el estímulo de los pontífices, como, entre otros hechos lo demuestra, por aquellos tiempos, el empeño de S. Carlos Borromeo de establecerla en Milán. Mas lo que caracterizó á la Inquisición española, y lo que la hizo mirar siempre con tanta ojeriza y al fin con declarada hostilidad por la Curia romana, fué el papel político que los reyes y, sobre todo, Felipe, le asignaron. En primer lugar la hicieron absolutamente independiente del Papa y exclusivamente dependiente del rey que nombraba al inquisidor general, al tribunal de la Suprema, etc. En segundo lugar pusieron á la discreción del tribunal al clero entero, desde el primado de España hasta el último sochantre; recuérdese el célebre proceso del arzobispo de Toledo, Carranza, que en vano quiso salvar Roma (M. Pelayo ha demostrado que el tal arzobispo estaba contaminado de luteranismo). Luego, todo tribunal civil, toda autoridad, hasta la de los consejos reales, estaba sometida á la inapelable decisión inquisitorial; por donde, á pesar de las protestas de las Cortes y los pueblos, sirvió para ahogar las libertades y derechos políticos, que sobrevivían á Carlos V; en Cataluña y en Aragón, sobre todo, para anular de hecho los fueros, en apariencia conservados, la acción política de la Inquisición fué inapreciable.

Felipe quiso ser un señor absoluto y lo fué, más aún que su padre; pero el absolutismo era, en su concepto, una necesidad que le impo-

nían las condiciones en que vivía la cristiandad y la misión divina de la casa de Austria; esta misión lo hacía superior al papado, porque las circunstancias armaban al jefe de la casa austriaca, con la fe y con la espada, de que el Padre Santo no podía disponer. Y este era el sentimiento de los grandes caudillos del catolicismo de combate; á él se dirigían estas palabras del duque de Guisa, que parecerían escritas por Simón de Monfort á Inocencio III: "Yo tengo á su majestad católica por padre común de todos los católicos de la cristiandad y en particular mío." Y la nación española, en donde las Universidades profesaban la doctrina de la omnipotencia del rey y los pueblos tenían esa superstición, asentía á esa noción de la soberanía. (Sobre la organización lógica del absolutismo español véase la obra, profundamente monarquista, mas por extremo sugestiva, de Sánchez Toca sobre el Gobierno en el Régimen antiguo, 1890.) La organización del absolutismo tenía por base la institución antiquísima, pero transformada, de los *Consejos*; nombraremos los principales: el de Castilla ó Consejo real, que entendía de cuanto á la gobernación de los reinos castellanos se refería y á la administración de la justicia en grado supremo, *sin excepción ni privilegio para nadie*. En él estaban comprendidas las atribuciones de los que luego fueron los Consejos de Estado y Guerra, de los que un publicista contemporáneo decía: "Su poder es omnipotente en cuanto al gobierno político, porque tienen, conforme á derecho, toda la jurisdicción política, civil y criminal pendiente de su arbitrio." El Consejo de Aragón, el de Italia, bien insignificantes; el de Indias, que fué pronto un verdadero almacigo de hombres duchos listos para los gobiernos coloniales ó que volvían de ellos, era importantísimo. Al Consejo de Indias, se deben grandes errores y no pocos bienes en el régimen colonial; las disposiciones que fueron atenuando poco á poco los males causados por los repartimientos y encomiendas, la vuelta al régimen paternal y de protección de los indígenas iniciado por Doña Isabel, es obra suya, y lo es también el sistema anti-económico en *ultramar* establecido. Este sistema está juzgado ya; aunque era un error económico no obedecía á una doctrina económica, sino á un programa político; se resume en esta palabra *aislamiento*. España conocía las inmensas rivalidades que su nuevo imperio iba á suscitarle entre las nuevas potencias marítimas; no tenía ni población suficiente para colonizar, apenas para dominar los países conquistados, poca para defenderlos; de aquí provino la idea, primero de impedir en lo po-

sible el contacto entre los grupos indígenas y entre éstos y los españoles, por miedo de que la población se amalgamara, empresa en que los frailes fueron utilísimos, tanto por defender á los indios de las vejaciones de los españoles, como para dominarlos exclusivamente; así, á la población en el interior de las tierras americanas, se la circundó de una barrera de prohibiciones que impedían toda conexión normal con el exterior no español; la Inquisición fué el alma de este plan, ella impedía la entrada de hombres, de cosas y de ideas (impresos) que no vinieran de España y aun en este caso su inspección era superior á todo. Este programa de aislamiento, incapaz de impedir á la larga la emancipación, educó á los pueblos americanos para las revueltas políticas.—Fuera de esto, la política de Felipe II en las Indias fué, por regla general, justiciera para la colonia y bondadosa para los indios; los americanos tenemos derecho á considerar sin pasión al hombre sombrío.—Además de los Consejos mencionados había otros como el de la Suprema (directorio central de la Inquisición) y el de Hacienda, que autorizó los espantosos desmanes financieros de los reyes austriacos. Todos juntos componían lo que se llamaba *el Senado* del reino y deliberaban y dictaminaban más que muchos parlamentos. En realidad ejercían con el rey las altas atribuciones legislativas, administrativas y judiciales. No era un cuerpo electo, como un parlamento, sino *selecto* por el príncipe; sus debates no eran públicos, y el rey era libre para someterse á ellos; por eso, si sofrenaron y organizaron el absolutismo, lo dejaron intacto. Las Cortes compuestas ya sólo de los procuradores de las burguesías, eran frecuentemente convocadas y sus representaciones solían ser valentísimas todavía, sobre todo contra los derroches financieros y el crecimiento inverosímil de la propiedad eclesiástica (las manos muertas); pero el rey, que ya había monopolizado la facultad legislativa, las desoía y dejaba morir de inanición (v. Lafuente y R. St. Hilaire. Hists. gens. de España.)

El país sobre que pesaba esta gran máquina, mal montada y equilibrada, sometida por tanto á lentitudes y á paralizaciones frecuentes, era un país pobrísimos, arrasado por la guerra, agostado por las sequías, con la mitad quizás de la población que hoy tiene (v. los estudios sobre los siglos de los Austrias, de Cánovas del Castillo). Sólo la planta humana, como los agaves en tierra estéril, crecía en la tierra española rica en resistente fibra. Pues esta población, dispersada por la codicia en América y por la guerra en Europa, aseguró á España su grandeza

militar y su irremediable decadencia. Felipe, lentísimo en sus resoluciones, amigo de formar sobre cualquier negocio interminables expedientes, era el motor de acero y fanatismo de la máquina. Para sostener sus empeños, esquilmo sin piedad al pueblo, á pesar de los desesperados gritos de las Cortes; vendió títulos, empleos, villas, lugares, jurisdicciones; exprimió á la nobleza y al clero y contrató empréstitos ruinosos en el extranjero. ¿Pues el oro de América? Había sido la causa principal de la ruina; América absorbió la población más enérgica de España, por un lado, y por otra hizo creer á los reyes que podían intentarlo todo. Por lo pronto el metal se aglomeró en la Península y se prohibió dejarlo salir; entonces, en virtud de una ley económica inflexible, todo subió de precio en relación con la depreciación del dinero; entonces el contrabando y aun las autorizaciones reales, dejaron á la industria extraña señorearse de España y no hubo para el español otra industria que ir á América ó ir á la guerra; el suelo dejó de producir y la población también; el dinero corrió á enriquecer á los otros países ó á perderse en los campos de batalla, y España, en el fondo de aquel Pactolo, yacía más pobre que nunca.

5. Hombres de trabajo, acostumbrados á contar antes que nada con su propia iniciativa, educados en la empresa gigantesca de conservar lo que al mar, más alto que ellos, habían arrebatado, los ciudadanos de las diez y siete provincias de los Países Bajos, habían querido y logrado ser hombres libres; á pesar de la presencia de las guarniciones españolas, que las necesidades de la guerra con Francia habían llevado allá, las ciudades guardaban casi todos sus privilegios, sobre todo en el Brabante, en donde los estatutos de la *Joyeuse Entrée* les daban hasta el de desconocer al gobernante infiel. La Reforma había tenido gran séquito en las opulentas ciudades flamencas y Amberes era el foco de las nuevas ideas (v. sobre la emancipación de las Provincias Unidas la brillantísima obra de Lothrop-Motley y la no menos bien escrita é igualmente parcial, aunque en contrario sentido, de Kervyn de Lettenhove titulada *Gueux et Huguenots*). Durante los primeros diez años que siguieron á la abdicación del emperador, su hija natural, la princesa Margarita de Parma, nacida en Flandes, gobernó á las Provincias con bastante habilidad, y asesorada por un muy diestro diplomático, Granvela, cardenal arzobispo de Malinas. Como la Reforma cundía y era calvinista, es decir, batalladora, la Inquisición aplicando los edictos religiosos llenaba las cárceles y encendía las hogueras. En-

tonces se formó en la nobleza una oposición á cuya cabeza se pusieron Guillermo de Nassau, príncipe de Orange que, aunque de familia luterana, había sido educado en el catolicismo por Carlos V, de quien era uno de los oficiales predilectos, Lamoral, conde de Egmont, vencedor de Gravelinas y el conde de Horn, gran almirante. El programa de la oposición era la libertad religiosa, la salida de las tropas españolas, la destitución de Granvela, á quien creían autor de los consejos de represión, y la convocación de los Estados Generales. Felipe, que recibía de sus numerosos espías noticia exacta del estado de ánimo de los flamencos, concedió la desocupación y la retirada del cardenal, pero nada sobre la libertad religiosa, esto era para el jefe laico del catolicismo cosa imposible, "prefería perder sus dominios," decía. La ausencia de los tercios había, sin embargo, dado alas al protestantismo; pronto sus jefes, Luis de Nassau, hermano del de Orange, y los dos Marnix, conjuraron á la mayor parte de la nobleza inferior, obtuvieron de la atemorizada gobernadora graves concesiones y comenzaron una propaganda desenfundada; un noble flamenco españolizado les había tratado de canallas, de mendigos [*gueux*] y ellos vanagloriándose de aquel epíteto lo adoptaron como denominación del partido de la libertad. Pero esta libertad pronto pasó de los límites; no sólo se armaban ostensiblemente grandes grupos de calvinistas, sino que estimulando el furor de la plebe, recorrieron el país destruyendo imágenes y templos; en Amberes tomó el caso todas las proporciones de una rebelión salvaje y nunca se lamentará bastante la destrucción de las obras de arte aglomeradas ahí por muchos siglos de opulencia y de piedad. La represión fué inmediata y sangrienta y en ella colaboró la nobleza católica y el mismo príncipe de Orange que hacía aún el más ambiguo de los papeles; los desmanes de los calvinistas comenzaron la escisión profunda que había de marcarse rápidamente en los Estados Bajos.

Felipe había esquivado, por sus guerras con los turcos, que habían destruído sus escuadras en las costas de Africa, además de su lentísima manera de proceder en todo, había esquivado toda resolución radical en los asuntos flamencos; en el Consejo real ó privado había, como en todos estos cuerpos, dos bandos opuestos que el rey se encargaba de moderar; el de Ruy Gómez de Silva, príncipe de Eboli y favorito del rey, que opinaba por la lenidad en los asuntos de Flandes y el del duque de Alba, que no veía más remedio que el terror; así opinó el rey

y envió al duque con un cuerpo de ejército á los Países Bajos; Margarita abandonó el gobierno y el noble verdugo dió comienzo al plan de represión, haciendo ajusticiar, con espanto general, hasta del mismo Granvela, á los condes de Egmont y de Horn, é instituyendo un Consejo ó tribunal, parecido al que había de nacer de la Revolución francesa, y que el pueblo llamaba tribunal de sangre; en verdad parecía, y así se dijo y el duque se empeñó en corroborar esta creencia, que el rey había condenado á la pena capital á la población entera de los Países Bajos y que no pudiendo hacer una ejecución total, había resuelto diezmarla. Al terror sucedió el horror; la división entre protestantes y católicos, que debía haber sido el punto de partida de la política del rey, quedó borrada con sangre. Guillermo de Orange, á quien habían arrebatado su familia y á cuyo hijo educaban cruelmente en el odio á su padre, se colocó al frente del levantamiento, poniendo al servicio de su nueva patria (era alemán) cualidades políticas admirables y una constancia que se ha impuesto al respeto profundo de la historia. Su ardiente hermano Luis empezó la lucha, obteniendo una señalada victoria en 1568; pero pronto los españoles recobraron su indiscutible superioridad, el pueblo dobló exánime la cerviz y el de Orange fué á poner su pequeño ejército al servicio de los hugonotes franceses, pues ya en esa época se había declarado calvinista. La obra sangrienta había tenido éxito completo y el Papa Pio V bendecía al duque de Alba erguido en medio de aquel lago de sangre.

Para colmo de gloria, Felipe había dado al Islam un golpe en el corazón. El emperador de Constantinopla, Soleyman el Magnífico, había, después de la destrucción total de los húngaros en Mohacz, mantenido bajo su poder toda la península balcánica y casi toda la Hungría; de modo que por aquel lado la amenaza era perpetua para la Europa central y debía durar mucho más de un siglo; pero para ser la nación dominante en el Continente, y á eso aspiraba el sultán, necesitaba Turquía señorear el Mediterráneo occidental, lo cual le era fácil con ayuda de los indómitos piratas berberiscos. La isla de Malta, en donde se habían reconcentrado los caballeros de la orden del Hospital, expulsados de Rodas, cortaba el paso entre los dos grupos mahometanos. Atacada con furia y defendida heroicamente por los caballeros, Malta fué al fin salvada por las escuadras españolas. El sucesor de Soleyman, aunque príncipe disoluto, continuó la política de su padre y decidió arrancar á Venecia la isla de Chipre; entonces se formó una liga entre el Papa, Es-

paña y Venecia y se reunió una escuadra formidable que fué á buscar á las aguas del Golfo de Lepanto ó de Corinto la no menos fuerte armada turca. D. Juan de Austria, hijo natural de Carlos V, joven hermoso, caballeresco y ambicioso por extremo, que ya se había distinguido reprimiendo una justa rebelión de los moriscos españoles, era el jefe de los cristianos. En Octubre de 1571, se libró la batalla de Lepanto; el triunfo de la liga fué completo, debiéndose tanto á los venecianos como á los españoles. La escuadra turca perdió 130 buques y 20,000 hombres; el Mediterráneo no sería islamita; Felipe fué proclamado el salvador y D. Juan el héroe de la cristiandad.

Entretanto el duque de Alba sentía que bajo su guantelete de fierro palpitaba aún el corazón del pueblo flamenco; las exacciones onerosísimas lograron lo que las santas palabras de independencia y libertad no habían conseguido, que los ciudadanos se sobrepusieran al terror y reclamaran indignados; al mismo tiempo, una de las flotillas de corsarios, autorizados por Guillermo de Orange para apresar *los buques del duque de Alba*, y que eran conocidos y temidos con el nombre de *gueux de la mer*, se apoderó del puerto de Brielle en donde se hizo fuerte el feroz Guillermo La Mark y que no pudieron tomar los españoles, porque rotos los diques el mar invadió los contornos y los intrépidos corsarios pudieron desplegar sus fuerzas contra los sitiadores. El momento era crítico; la insurrección cundía y la actitud de Francia era amenazadora; los hugonotes gozaban del favor de la Corte; su jefe oficial Enrique, rey de Navarra, contraía matrimonio con una hermana de Carlos IX y su jefe efectivo, el almirante Coligni, cuyo proyecto favorito era despojar de Flandes á los españoles y anexarlo á la corona francesa, adquiría cada vez mayor ascendiente sobre el joven monarca, con profunda pena del partido de los Guisas y de la reina madre Catarina de Medici. Alba y su hijo procedieron con energía y ya habían comenzado á vencer y matar, cuando la noticia del asesinato de Coligni y los protestantes en Paris (la noche de S. Bartolomé) vino á destruir de nuevo las esperanzas de los patriotas; sin embargo, se mantuvieron firmes, sobre todo en la provincia de Holanda, y prefirieron á veces sumergirse y devolver al mar la tierra que con tan admirable energía le habían arrebatado, antes de soportar de nuevo el yugo español. Alba, que había disgustado profundamente al partido flamenco-español, tuvo al fin que abandonar su puesto, dejando espantosa memoria tras de sí. Requesens lo substituyó, encontrando un ejército indisciplinado,

que por años enteros no había sido pagado y que empeñado en tomar á Leyde, para pillarla, fué casi destruído por el mar y los piratas. Por entonces las dos provincias de Holanda y Zelanda declararon su independencia de España, confiriendo plenos poderes á Guillermo de Orange y entrando en arreglos con las otras provincias que de hecho se emanciparon á la muerte de Requesens, dejando aislado y sin gobierno al ejército español, que vivía cometiendo gigantescos crímenes como el saqueo de Amberes, que enteramente indefensa, perdió desde entonces su importancia mercantil, incendiada, robada y arruinada (1576). El país entero se puso sobre las armas cuando llegó D. Juan de Austria, que se había empeñado en su inquieta é insaciable ambición en conquistarse él mismo un reino y que pensaba realizar sus designios en Inglaterra, ya casándose con la infortunada reina cautiva María Estuardo y arrojando del trono á Isabel con ayuda de los escoceses, de los españoles y de los Guisas, ó ya casándose con Isabel, si la reina virgen consentía en ello. Para eso le convenía estar en Flandes, pero en Flandes pacífico y tranquilo; por eso aceptó las condiciones de los Estados, prometiendo la completa desocupación del país por los españoles, el reconocimiento de Orange como gobernador, etc.; mas los españoles no se retiraban sino con gran lentitud, de aquí surgieron las desavenencias y mientras los Estados encomendaban la regencia al archiduque Matías, que se subalternó á Guillermo, y el rey negaba todo auxilio á D. Juan para sus planes en Inglaterra y hacía asesinar en las calles de Madrid á Escobedo, el secretario y emisario de su hermano, D. Juan, que había logrado derrotar al ejército rebelde, sucumbía lleno de decepciones y amarguras en 1579.

Con su sucesor, Alejandro Farnesio (hijo de Margarita de Parma) una nueva éra se abrió para la dominación española en Flandes. No pocos años invirtió en su obra el nieto de Carlos V, pero procedió con tan profundo tino militar y tal espíritu político, que sin la influencia de los acontecimientos generales de Europa, la sumisión habría sido un hecho consumado antes de terminar el siglo. El duque de Anjou, hermano del rey Enrique III de Francia, fué llamado por los Estados Generales para encargarle del gobierno, por estar ya disgustados con el archiduque Matías; mas tales fueron los desmanes cometidos por el incapaz príncipe, que tuvo al fin que huir. Guillermo de Orange, el Taciturno, como le llamaban, asesinado por un fanático á sueldo de Felipe II, había dejado á su segundo hijo (el primero era católico) en muy-

corta edad; pero Juan Olden Barneveldt, alma de los Estados Generales y hombre notabilísimo por su inteligencia y su carácter, tomó la dirección de los negocios, lo cual se necesitaba, porque á pesar del pacto de Utrecht, celebrado por las provincias del Norte y del Noreste, que es el verdadero fundamento de la constitución de las Provincias Unidas, había entre ellas gravísimas disensiones por la cuestión religiosa, sobre todo. Esto sirvió mucho á Farnesio para ir conquistando, al mismo tiempo que cavando el abismo que separaba á lo que hoy es Bélgica de lo que es Holanda. En vano Isabel de Inglaterra envió á su favorito Leicester con un ejército auxiliar; los españoles continuaron apoderándose del país rebelde. Por fortuna el espantoso fracaso de la *Invincible armada*, destinada por Felipe II para llevar la conquista á la Isla, quebrantó para siempre el poder marítimo de España y permitió al holandés tomar un vuelo gigantesco, lo que fortificaba á los rebeldes enriqueciéndolos; si á esto se agregan las expediciones de Farnesio á Francia para impedir á Enrique IV apoderarse del trono francés en Paris, expediciones que lo obligaron á desocupar los Países Bajos y permitieron á Mauricio de Nassau, hijo del Taciturno y que había resultado un excelente capitán, á pesar de su juventud, reconquistar buena parte de las comarcas sometidas á España, se comprenderá por qué Felipe, antes de morir, cambió totalmente de política en Flandes, mandando á su yerno el archiduque Alberto y á su hija María á gobernar el país, con la esperanza de una conciliación si era posible. A principios del siguiente siglo, los archiducos, á pesar de las victorias obtenidas por un nuevo gran general servidor de España, el marques de Spínola, firmaron una larga tregua en que reconocían la independencia de las Provincias Unidas (1609).

6. España había ostensiblemente protegido la exaltación al trono inglés de la protestante Isabel, porque á falta de ésta, el derecho preferente era el de la joven María Estuardo, reina en aquellos momentos de Escocia y de Francia; esta unión de las naciones inglesa y francesa espantó al católico Felipe II, que puso en este caso su política por encima de su religión. Isabel no tenía, como verdadera hija del Renacimiento, ni condiciones religiosas profundas, ni nociones morales bien claras; tampoco rescataba estas deficiencias, con la amplitud de sentimiento humano, que distinguió á tantos descreídos de su tiempo. Coqueta y licenciosa, erudita aunque jamás pedante, lo que distinguía á Isabel y la hizo tan notable fué el instinto político casi infalible y el

apego directo y poderoso á la tierra inglesa y al pueblo inglés; mala mujer y gran reina, tal es el juicio de la posteridad sobre la virgen, e. d., sobre la soltera coronada del siglo XVI.—Isabel comprendió que todo lo que había de energía, de actividad, de porvenir en su reino, estaba en la minoría aparente, pero poderosa que había abrazado la causa de la Reforma; mas el puritanismo de los sectarios de Calvino y de Knox le repugnaba y tenía que guardar consideraciones al rey de España, que tuvo la pretensión de casarse con ella, pretensión que Isabel rechazó con tacto consumado. Muchas explicaciones se han dado á las constantes repulsas de Isabel á sus pretendientes más ó menos regios; quizás la sola verdad está en la pasión que tenía por su favorito el conde de Leicester que, sin embargo, no logró tampoco casarse con la reina. Isabel había dado la dirección de los negocios á Robert Cecil, hombre de alta inteligencia; mas no se dejaba gobernar por él, como lo prueba el hecho de haber el ministro luchado por largo tiempo para que la reina adoptase una política francamente protestante, sin conseguirlo; al contrario, porque aunque es verdad que Isabel y el Parlamento recogieron de nuevo los bienes devueltos por María Tudor á la Iglesia y renovaron la separación de la obediencia al Pontífice, también es verdad que Isabel hizo decretar un catecismo religioso (como diríamos ahora) mucho menos riguroso que el de su hermano Eduardo VI y en el que se reconocía el sacramento Eucarístico y se mantenían muchos puntos del ritual romano; así habría querido la reina facilitar el ingreso de los católicos en la Iglesia nacional; por supuesto, se estrelló en esta tentativa. A quienes verdaderamente odiaba Isabel y persiguió con encarnizamiento, era á los partidarios del *cristianismo puro* ó puritanos, que anatematizaban las temporizaciones con el papismo y el lujo y los deportes á que se entregaba la corte de Isabel. La lucha sostenida por la reina y los obispos contra estas tendencias creó un antagonismo, no sólo religioso, sino político, entre esta secta y la corona, lo que había de tener gran trascendencia á lo futuro.

Fué una raza infortunada la de los Stuarts, reyes de Escocia; las constantes luchas con Inglaterra y con los rudos y orgullosos magnates, los ocuparon desde el siglo XIV; contra Inglaterra se apoyaron casi siempre en la alianza de Francia; contra los nobles levantaron el poder del clero á quien entregaron riquezas inmensas y que se mostraba ávido y corrompido, lo que le enajenó buena parte del favor popular que fué contrario frecuentemente á la corona, mientras la noble-

za buscó sus auxiliares en Inglaterra. De suerte que la Reforma encontró el terreno preparado; mas la represión fué tan sangrienta y enérgica que pronto pareció apagada la llama para siempre, y más cuando los ingleses fueron arrojados del país por los auxiliares franceses de la reina regente María de Guisa, mujer hábil y emprendedora, digna de la familia que tamaño papel hacía ya en Francia. Esta estrecha unión con Francia obligó á la regente á declararse hostil á María Tudor, mujer del enemigo principal de aquella nación, Felipe II, y por eso dió asilo á los protestantes fugitivos de Inglaterra, y la Reforma entró en un período de activísimo proselitismo en Escocia; un apóstol del calvinismo, John Knox, le comunicaba el ardiente fanatismo y el valor indomable de su alma. Pronto formó una liga ó *covenant* que atrajo á gran parte de la nobleza; Isabel, desatendiéndose de su aversión al calvinismo, la protegió y pronto los covenantarios fueron dueños del reino; María de Guisa había muerto, entretanto, y la religión reformada fué declarada la única oficial. A pesar de la energía del conde de Murray, hijo natural del último rey, la anarquía se enseñoreó del país y la nobleza enriquecida con los despojos de la Iglesia, se mostró más que nunca ingobernable. En estas circunstancias desembarcó en Escocia la joven reina María Estuardo (1561).

Mujer de poderoso atractivo, de alma poética, pero no incapaz de energía y de violencia, el prolongado drama de su vida y la aureola que el más doloroso infortunio encendió en torno de su real diadema, han forzado el respeto y la piedad de la historia, que aunque no la puede considerar inmaculada, porque no sólo fueron muchos sus errores, sino grandes sus faltas, juzgará siempre con profunda simpatía á la mártir de su derecho y de su fe.—Educada en la corte, supersticiosa y licenciosa á un tiempo, de los Valois; instrumento de la ambición de los Guisas; reina de Francia por su enlace con Francisco II, reina viuda bien pronto, contaba de antemano con la hostilidad de su reino, que veía en ella la paloma emisaria del catolicismo europeo, y con la envidia y el odio de su prima Isabel. Pero como mujer hábil empezó por entregarse en manos de su hermano natural Murray y de los covenantarios y poco á poco fué haciéndose de un partido personal. La cuestión de su matrimonio era muy grave, porque dado el irremediable celibato de Isabel, sólo un hijo de María podía heredar la corona de Inglaterra; muchos fueron los pretendientes, ella escogió á un pariente suyo, lord Darley; como era católico, los protestantes tomaron una actitud amenazadora. Entonces ganó gran influencia sobre María un joven italiano, que era agente secreto del Papa y acaso un jesuita, David Riccio, y comenzó á tramar con la reina una vasta conspiración que hubiera vuelto al reino al dominio católico; pero el inepto y libertino Darley,

despreciado por María, hizo asesinar á Riccio, en un arranque de celos infundados. La reina se manejó, á pesar de todo, con astucia y conjuró el peligro, manifestándose amiga de Isabel; tras de mil intrigas y peripecias, un partidario suyo, hombre brutal y de inmensa ambición, el conde Bothwell, hizo asesinar al esposo de la reina y María cometió la insigne falta de casarse con el asesino. Esto autorizó las sospechas de que era su cómplice, lo que jamás pudo comprobarse, porque las supuestas *cartas de la arquilla*, que, se decía, eran de la reina á Bothwell y demostraban su participación en el asesinato, son falsificaciones (v. sobre esta cuestión debatida furiosamente desde el siglo XVI, el estudio definitivo de Philippson en la *Revue historique*; v. también Mignet, Froude y Green sobre la biografía de María Estuardo). La nobleza entera se lanzó á la lucha; Bothwell fugitivo fué á acabar su vida en una prisión de Noruega, y María, vencida y prisionera, logró evadirse y se refugió en Inglaterra, en donde Isabel le había ofrecido amparo. Allí fué encerrada en una fortaleza y luego en uno y otro castillo, durante diez y nueve años. María fué desde entonces centro de todas las intrigas de la liga de las potencias católicas contra Isabel, que con tan insigne felonía la retenía prisionera; en el interior mismo de Inglaterra, varias temibles conspiraciones se tramaron para libertarla; muchas para asesinar á Isabel; de alguna de estas tentativas criminales parece que tuvo conocimiento María. Ya en los últimos años fué España la promotora de los complots. El pueblo inglés sentía con este motivo transformarse en adoración su afecto por Isabel y clamaba con odio implacable por la muerte de María; los ministros Cecil y Walsingham, deseosos de comprometer á la reina irremisiblemente en una lucha contra el catolicismo europeo, la atormentaron revelándola las tramas contra su vida y le arrancaron la orden de proceder contra la infortunada reina de Escocia, que, juzgada *pro formula* y sentenciada á muerte, fué ejecutada en 1587, dando muestras del temple valeroso de su alma, de su fe inquebrantable y de una suprema dignidad.

Entretanto en Escocia, el hijo de María, Jacobo VI (el futuro Jacobo I de Inglaterra) unas veces vencido, otras vencedor de la nobleza; unas de acuerdo con su madre, recibiendo otras pensiones de Isabel, veía organizarse definitivamente la Iglesia de Escocia en una forma democrática, gobernada por sacerdotes de elección popular y por colegios de ancianos ó presbíteros, de donde le vino el nombre de *Iglesia presbiteriana*.

Los católicos atacaban á Isabel en Escocia é Irlanda, ó en el interior de su reino por medio de las tentativas de asesinato; Isabel contestaba ayudando á los hugonotes en Francia y á las Provincias Unidas en los Países Bajos, y después que el Papa la excomulgó y depuso solemnemente, con la sangrienta persecución de los católicos. Felipe II, que por su espíritu irresoluto había hecho fracasar más de una conspira-

ción en favor de María, se decidió á dar un golpe gigantesco y preparó en los puertos españoles la escuadra más formidable que había surcado el Océano y que obrando en combinación con Alejandro Farnesio debía llevar la invasión y la destrucción á la isla. Esta armada, que de antemano se llamó *la invencible*, primero mermada por los ataques constantes de los corsarios ingleses, verdaderamente invencibles cuando los acaudillaban marinos como Drake, Hawkins y Forbischer, los primeros del mundo, y luego desbaratada por los huracanes en la Mancha y en las costas de Escocia, Noruega é Irlanda, gracias á la ineptitud del almirante Medina Sidonia, marca el esfuerzo supremo de España por la dominación del mar; con el desastre de la Invencible, la supremacía pasa á Inglaterra, que atacó á su rival en todas sus colonias, que la despojó de los cargamentos de oro y plata que conducían las naos españolas desde América y que todavía desbarató, al fin del siglo, otra armada, que para reparar el desastre de la Invencible había allegado Felipe II con la fría, lenta y admirable constancia que lo caracterizaba. Isabel siguió hasta la muerte luchando y triunfando; triunfo fué para ella el resultado de la lucha en los Países Bajos con la emancipación de Holanda, y triunfo el de su aliado Enrique de Borbón, que se ganó su reino con la punta de su espada y fué Enrique IV. Los últimos quince años de la reina fueron tristes; se pasaron en luchas palaciegas entre el nuevo favorito conde de Essex, á quien Isabel amaba y á quien primero abofeteó y luego hizo decapitar por rebelde, y el segundo Cecil, astuto y depravado. Pero la isla prosperaba; su clase media, verdadera fuerza del protestantismo inglés se enriquecía con la industria y el comercio en incesante progreso, que también alcanzaba á la instrucción y la asistencia públicas. Hombres de estado eminentes, filósofos como Bacon, poetas como Spenser y dramaturgos como Shakespeare, eran la corona de áureas flores del reinado de la princesa, que dominada, sin embargo, por el histerismo y la melancolía, veía cada día alejarse de ella, todo, amigos, cortesanos y pueblo. En 1603 murió aquella reina tan grande, pero tan extraña y tan aislada en su grandeza (Green).

7. La corte de Enrique II, que sobrevivió poco á la paz con España (fué muerto accidentalmente en un torneo), era un trasunto de una corte italiana del Renacimiento, como había sido la de su padre Francisco I; una Medici era la reina menospreciada de su esposo; la verdadera, fué la favorita Diana de Poitiers, que no tenía más pasión que el

lujo y una insaciable codicia, pero que protegió á los artistas, y de cuyo ilegítimo reinado datan algunas de las mejores creaciones del Renacimiento francés. Francia, cada vez más compacta y patriota, había salido incólume de su lucha desigual con el imperio. Pero desde los tiempos de Francisco I había penetrado en ella la simiente reformista, pronto esterilizada por el fuego de las hogueras. Calvino puso todo su afán en la propagación de sus doctrinas en su país natal, para arrebatárselo, á un tiempo, al Papa y á Lutero. Logró esta parte de su objeto, porque el protestantismo francés fué exclusivamente calvinista, lo que lo convirtió en una herejía de combate, democrática pero militarmente organizada, basada en la austeridad y la intolerancia. El carácter y la imaginación francesa se adecuaban poco al culto serio y desnudo de los ginebrinos; así es que la fuerza de expansión de la Reforma cesó pronto y tuvo por resultado constituir una indilatable minoría disidente y reavivar las creencias de las multitudes, precisamente por su carácter batallador. Pero la inferioridad en cantidad, estaba compensada con la superioridad en calidad de los que el vulgo, transformando el vocablo alemán *eigenossen* (correligionario) llamaba *huguenots* ó hugonotes que decían los españoles. Lo mejor de la nobleza, en la corte y en las provincias, estaba con los sectarios; así los Borbones, príncipes de sangre real, herederos del trono á falta de los Valois y entre quienes hacían el primer papel Antonio, rey consorte de Navarra, esposo de la reina Juana de Albret y padre del futuro Enrique IV, y su hermano el príncipe de Condé, soldado resuelto y valeroso; entre los nobles descuellla la familia de Chastillon y, sobre todo, su jefe, el gran Gaspar de Coligni, almirante de Francia, inmaculado como guerrero y como hombre, y suegro de Guillermo de Orange. Entre los literatos hugonotes mencionaremos al poeta más notable del tiempo, quizás, Clemente Marot, y al primer satirista de Francia, Agripa D'Aubigné; entre los sabios al mejor de los matemáticos franceses, Pedro Ramus; al mejor de los cirujanos, Ambrosio Paré, y al célebre Bernardo Palissy, que reinventó á costa de increíbles sacrificios la porcelana esmaltada y legó á su país una industria de arte de primera importancia; entre los teólogos y apóstoles de las nuevas ideas, haciendo á un lado á Calvino que, como ya dijimos, fué el creador de la prosa francesa, y á Teodoro de Beze, el gran misionero de la Reforma, puede citarse á Duplessis Mornay, historiador, teólogo, apóstol, estadista y soldado, á quien llamaron sus contemporáneos "el Papa hugonote," y á quien Guizot ha da-

do un lugar entre sus *cuatro grandes cristianos franceses* (los otros tres son S. Luis, Vicente de Paul y Calvino). Del lado católico campeaba ya en los tiempos de Enrique II una rama de la casa de Lorena, la familia de los Guisas; llena de ambición hasta el grado de dejar decir á sus aduladores que su derecho á la corona era mejor que el de los Valois y resuelta á suplantarlo á los Borbones, cuando menos, conquistó la jefatura del partido católico, que, sin duda, podía llamarse el partido nacional; dos individuos de esa familia levantaron muy alto la fortuna de la casa: el cardenal de Lorena, hombre elocuente é ilustrado que hizo tan ambiguo papel en el concilio de Trento, pero que era el político de la familia y Francisco de Guisa, conspicuo capitán, cuya popularidad era inmensa por la defensa de Metz contra Carlos V, y por la recuperación de Calais; era el ídolo de la Francia de entonces, siempre apasionada por la gloria militar.

Cuando subió al trono el joven Francisco II, los Guisas que habían casado al rey, con su bella é inteligente sobrina la reina de Escocia, María Estuardo, gobernaron de hecho (1559). La persecución religiosa tomó incremento; pero buena parte de la nobleza que odiaba á los extranjeros como llamaba á los de Lorena, conspiró con los hugonotes, conspiraciones que tenían por principal objeto arrancar al rey adolescente á sus tutores; los Guisas ahogaron en sangre las conspiraciones, el martirio hizo crecer la secta, la intolerancia la empujó á cometer atrocidades contra los católicos, y todo era sombra y sangre; convocar los Estados Generales, que se mostraron resistentes á los Guisas; reunir un Concilio nacional que reformara la Iglesia y facilitara la reunificación, lo que espantaba al Papa, eran los remedios supremos á que los tíos de María Estuardo recurrían; mas todo aumentaba el caos, hasta que Francisco II murió. Con Carlos IX, su hermano, comienza el reinado de la reina madre Catarina de Médicis (1560). Esta italiana, espesa de cuerpo, pero ligerísima de espíritu, aplicó todo el instinto político de su raza á satisfacer su pasión suprema: salvar á sus hijos del naufragio que amenazaba á la monarquía y salvar en sus hijos su influencia maternal y política. En medio de la confusión general, se había formado un partido de conciliación, adicto á la legalidad, pero inclinado por patriotismo y por ilustración á la tolerancia religiosa; este partido que será en toda época normal, el de todo francés sensato y el que mejor se aviene con la índole de la nación, tuvo entonces por jefe á un hombre eminente por su prudencia y su integridad, el canciller L'Hopital; á él entregó Cata-

rina las riendas del gobierno, inclinándose, como era natural, para contrabalancear el ascendiente de los Guisas, al bando reformado. El canciller dictó medidas de perdón, permitió el ejercicio del culto nuevo con ciertas condiciones, procuró la celebración de sínodos y hasta hubo una solemne discusión entre teólogos católicos y protestantes (el coloquio de Poissy), que en realidad no tuvo otra significación que reconocer la personalidad legal, digámoslo así, de las iglesias reformadas; éstas aumentaron rápidamente y al estallar la guerra eran más de dos mil, que ante la exaltación inmensa del clero católico que azuzaba sin cesar á las masas, se armaron y organizaron. El duque de Guisa, haciendo asesinar á los habitantes de una comuna protestante y el entusiasmo que este crimen provocó en París, fué la causa del levantamiento (1562).

Los de Guisa comenzaron por apoderarse del rey menor y de la reina madre y con un ejército formado en su mayor parte de auxiliares alemanes y suizos, hicieron frente á los hugonotes auxiliados principalmente por Isabel de Inglaterra, á quien habían dado el Havre, sacrificando sus deberes de patriotas á sus odios de sectarios. Durante la lucha fué vencedor el duque de Guisa, á quien asesinó cuando sitiaba á Orleans un noble hugonote, instigado por Coligni, decían los católicos. Catarina obligó á los contendientes á firmar una paz, un tanto restrictiva de los derechos otorgados á los reformados; recuperó el Havre, ayudada por los ejércitos de ambos bandos y luego firmó la paz con Isabel y se entregó, con innegable empeño patriótico, á restañar las heridas de la nación que debía gobernar su hijo. Catarina se convenció, en un viaje que hizo, de la reducida minoría que los hugonotes tenían en el país y aunque resistió al duque de Alba que la instaba en Bayona á adoptar una política de implacable persecución, sus propósitos fueron desde entonces poco favorables á los disidentes. Así es que éstos, cuando tuvieron noticia de que el duque de Alba ahogaba en sangre á la Reforma en los Países Bajos y notaron que el ejército real se reforzaba con mercenarios suizos, se alzaron en armas; pero batido su jefe el príncipe de Condé, habrían sucumbido sin el auxilio de los alemanes. En la nueva paz, que disgustó terriblemente á los católicos y á Felipe II, á quien precisamente la reina no quería subalternarse, los hugonotes quedaron en la favorable situación en que antes de la primera guerra civil se hallaban. Sin embargo, el suceso de la política de represión en los Países Bajos, la actitud con-

minadora de Felipe II, francamente aliado á los Guisás y la muestra de audacia provocadora dada por los disidentes en la lucha última, acabaron por inclinar á Catarina á cambiar de política; comenzó por quitar toda intervención en el gobierno á L'Hopital y á los moderados y acabó por un sistema de vejaciones tal, que los hugonotes indignados entraron de nuevo en campaña, no sin haber celebrado nueva alianza con los ingleses, cuyos navíos dieron en esa época golpes de muerte al comercio francés. En esta nueva guerra fué vencido Condé por el duque de Anjou (el futuro Enrique III) y muerto en la refriega. La intrépida Juana de Albret y su joven hijo Enrique de Navarra, reanimaban á sus correligionarios, que tornaron con todo á ser vencidos con ayuda de los mercenarios suizos y de los italianos enviados por el Pontífice. Pero gracias á Coligni, los protestantes recuperaron el terreno perdido, y la corte, exhausto el tesoro é indisciplinado el ejército mercenario, y por añadidura convencida de que Felipe II sólo ambicionaba que las guerras de religión se prolongasen en Francia para debilitarla, se resolvió á hacer la paz que fué firmada en S. German (1570). Este tratado reconoció la existencia legal de la república militar hugonote dentro del Estado; la unidad francesa estaba disuelta. Para sellar el pacto, el rey de Navarra fué á Paris acompañado de la flor y nata de la aristocracia reformada á celebrar su matrimonio con la hermana de Carlos IX, la inteligente y licenciosa Margarita de Valois.

Pronto Coligni adquirió inmenso ascendiente en el ánimo del rey que le llamaba *su padre*; el almirante desenvolvió á la vista del joven soberano sus vastos planes de reorganización de la marina francesa, todos basados en la alianza con Inglaterra, la guerra con España y la conquista de los Países Bajos; así unimismaba el anciano hugonote sus ambiciones de patriota y sus odios de sectario contra España, así como el deseo de servir al príncipe de Orange. El rey estaba casi resuelto; entonces entró en escena Catarina, que temía la guerra con España y que asediada por su hijo el duque de Anjou, por Enrique de Guisa, ansioso de vengar en Coligni la muerte de su padre, y por los emisarios pontificios, formó con ellos y con los jefes del populacho de Paris, que terriblemente excitado por los sermonarios de las enrucijadas no respiraba más que matanza, un pacto de sangre. Lo que más decidió á Catarina á tomar la espantosa resolución, fué el recelo que tenía de que el rey se escapara á su influencia; esto le era intolerable, Coligni debía morir. La noche del 24 de Agosto, partidas armadas llevando

por distintivo una cruz blanca, enfurecidas por monges energúmenos y por el instinto de animal feroz que yace en el corazón de las multitudes, se lanzó sobre los dormidos hugonotes y, en medio de alaridos salvajes y á la luz de las antorchas, ó los arrastró á las calles y los asesinó sin piedad ó en sus domicilios y rodeados de sus familias implacablemente sacrificadas; la campana de S. Germán tocaba á rebato á intervalos. Guisa y sus cómplices mataron á Coligni y los suyos; dicese que el mismo rey tomó parte en el crimen; Enrique de Navarra y Condé abjuraron. Los asesinatos duraron varios días en Paris y se repitieron en las provincias; veinte ó treinta mil protestantes fueron víctimas del furor católico. Tal fué el inexpiable crimen de la noche de S. Bartolomé; en Europa, aun entre los mismos católicos, produjo espanto; muchos aplaudieron sin embargo, entre ellos ¡ay! el Padre Santo (Gregorio XIII).

El crimen fué inútil; poco tiempo después la reina solicitaba aún la alianza de Inglaterra, auxiliaba á los orangistas en los Países Bajos, se encontraba con las huestes protestantes vigorosas como nunca y seguía la guerra civil. Murió entretanto Carlos IX y su hermano Anjou, nombrado recientemente rey de Polonia, abandonó sus Estados y ocupó el trono de Francia con el nombre de Enrique III; príncipe inteligente y valeroso, pero personificación de la malicia, de la negligencia, del sensualismo más refinado, el nuevo rey estaba destinado á terminar con la figura de un afeminado é impuro barbilindo la galería de los Valois. Por lo pronto se manifestó contrario á los hugonotes y siguieron las guerras su papel devastador, mientras el monarca rodeado de *niños* gastaba en sus deportes millones de libras que dejaban exhausto el tesoro. Los hugonotes tuvieron entonces el auxilio de los *políticos*, el antiguo partido de L'Hopital, que el horror de la *S. Bartolomé* había hecho renacer y que tenía por jefe oficial al duque de Alenzon, hermano del rey, el por tanto tiempo prometido esposo de Isabel de Inglaterra, príncipe egoísta y sin valor. Pronto se celebró una paz favorable á los protestantes; ella resucitaba el feudalismo nuevo, el de los gobernadores de provincias; pero los católicos formaron ligas para defender la religión y estas ligas, pronto extendidas por la Francia entera, reconocían por jefe á Enrique de Guisa, y su objeto, de acuerdo con el rey de España, era anti-dinástico: derrocar ó gobernar á los Valois y más tarde impedir que el hugonote Enrique de Borbón subiese al trono; además un soplo democrático oreaba el suelo francés